

CREACION Y TEOLOGIA DEL HOMBRE

Jaime Martín Fraile, S. J.

si no podemos llamar decisivos, contribuyen ciertamente a encajar sin violencias en la entraña de nuestra humanidad las grandes verdades.

Con este espíritu queremos acercarnos a la Biblia, fuente de la respuesta cristiana, que ofrece —al creyente de modo particular— un caudal inexhaustible en proporciones de dramatismo trascendencia y vida para el espíritu. Ejemplar de una pedagogía de las relaciones humanas valdadera para todos los tiempos.

El hombre en el marco de la creación

“Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (*Gen. 1,1*). Con esta simple y sublime afirmación —primera frase de la Biblia— queda introducido el tema que se fundirá en múltiples variantes a lo largo de toda la Escritura con el motivo central de nuestro trabajo: la creación del hombre (1).

ENTRE esas pocas preguntas previas que desde siempre acompañan a todo hombre que quiera pensar, ocupan un primer plano los graves interrogantes acerca del propio origen.

Y creo que el hombre que piensa debe afrontar alguna vez las posibles respuestas a estos “temas base”, desprovisto de cualquier solución o juicio previos, aunque sean los que por otros motivos cree verdaderos.

En tal actitud psicológica, se perciben mejor los positivos valores y, en ocasiones, efectos de armonía y belleza que

Dios no crea la tierra en un mero alarde de poder. En este rincón de su universo resuena desde el principio de las cosas el eco de una voluntad "comunicativa": "...el Creador del cielo, que es Dios; el que formó la tierra y la creó; el que la estableció, no la creó como yermo, sino que la formó para ser habitada..." (Is. 45,18) (2).

Y para que la tierra fuese habitada, la revistió de vida: "brote verdín la tierra, plantas germinadoras de simiente y árboles frutales" (Gen. 1,11). "Pueblen las aguas inquietos seres vivientes y vuelen los volátiles sobre la tierra por la superficie del firmamento celeste" (Gen. 1,20). "Produzca la tierra seres vivientes conforme a su especie; ganado, reptiles, bestias salvajes" (Gen. 1,24).

Al fin del relato, la aparición del hombre se presenta con especial solemnidad. Dijo Dios: "Hagamos un hombre a imagen nuestra para que domine en los peces del mar y en las aves del cielo y en los ganados..." (Gen. 1,26) "Creó, pues, Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó" (Gen. 1,27). (3).

(1) «El cielo y la tierra» (*hā'áres we hasamáyim*). Los primeros hebreos no tenían una palabra para designar el universo y decían concretamente el cielo y la tierra.

(2) *Bará* (Gen. 1,1) = creó... sin materia preexistente. En hebreo es un término teológico reservado sólo a Dios. Expresa la acción divina que se ejerce sin suponer ninguna materia preexistente y haciendo aparecer milagrosamente lo que no era. (Cfr. Amós 4,13; Jer. 31,22; Is. 40,26-28; 42,5; 43,1-7,15; 45,7 bis; 8,12.18 bis; 48,7; 54,16). Seguimos un orden de ideas acorde con las características del artículo prescindiendo del orden cronológico en las citas.

(3) De las mismas palabras empleadas se desprende la dignidad humana. Precede una especie de deliberación que no se da en los otros días. Se emplea tres veces el verbo *bara* que sólo había sido empleado para la creación del universo y la aparición de la primera vida (v. 21). Según la concepción de los hebreos, las plantas no tenían vida.

El relato "Yahvístico" mantiene el mismo tono de belleza poética, pero es más explícito al expresar este hecho trascendental: "Yahvé Dios formó al hombre del polvo del suelo y comunicándole aliento vital quedó constituido el hombre como individuo viviente" (Gen. 2,7).

La creación de Eva nos muestra en su eterna pureza el plan de Dios sobre un hecho de máxima importancia para la historia humana: Asistimos al nacimiento del amor hombre-mujer sobre la tierra. Adán está triste y se siente solo. Entre todos los seres existentes "no halló ayuda semejante a él" (Gen. 2,20). Dios atiende a su situación declarando ante sí mismo que "no es bueno que el hombre esté solo" (Gen. 2,18) y nuevamente solícito con su criatura, decide: "Le haré una ayuda semejante a él" (Gen. 2,18). Y "hecha" Eva en el sueño de Adán, Yahvé Dios "se la llevó al hombre" (Gen. 2,22). Aquello era lo que faltaba a su ser y Adán

Acerca de los santos misterios de la fe no conviene hablar nada sin aducir las Sagradas Escrituras, ni traer argumentos que se basen en palabras y meras probabilidades. Y así no me creas inmediatamente, mientras no te demuestre lo que te anuncié con las Sagradas Escrituras. Pues la salvación que se adquiere por medio de la fe no adquiere su valor por medio de las vanas disputas, sino por la demostración de las Sagradas Escrituras (Catequesis IV, 17).

sintió que el corazón se le llenaba de una alegría nueva, expresada en este cántico, el primer "piropo" de la Humanidad: "Hueso de mis huesos y carne de mi carne..." (*Gen* 2,23). Rudo, como pronunciado en el principio del tiempo; pero esencial, profético y definitivo. Dicho, como el amor, para más allá de la muerte. "Por eso abandona el varón a su padre y a su madre y se une con la mujer formando ambos una sola carne" (*Gen*. 2,24) (4). Compañía, ayuda, unión que llegue a formar de los dos una sola persona. Tres ideas cardinales e inagotables de meditación para todo hombre que haya de tomar mujer en los días que vendrán.

Universalidad de la creación

El hecho de la creación es universal. Todo hombre debe sentirse criatura de Dios. El es su verdadero Hacedor y Padre. Ricos y pobres (*Prov*. 22,2), se-

La palabra hebrea *Selem* significa propiamente imagen en sentido material. De la discusión que se da sobre esta palabra parece desprenderse como probable que no significa ni semejanza física (GUNKEL. *Génesis* a 5,3) ni directamente semejanza espiritual, sino más bien que, así como una estatua es representación de alguien, el hombre es el representante de Dios, su lugarteniente o vicario. Un vice Dios en la creación. Dios lo pone todo bajo el poder del hombre. El pasaje aparece como una especie de transmisión de poderes. El hombre es imagen de Dios en cuanto representa a Dios al frente de la creación. Claro está que para que pueda representar a Dios es preciso que tenga alguna semejanza con El. Cuál sea ésta pertenece a la revelación ulterior (cf. *Sab*. 2,23; *Ecli* 17,1 ss.)

La interpretación propuesta es una hipótesis fundada. La gran mayoría de los exegetas católicos y muchos acatólicos ven la imagen de Dios en los atributos de inteligencia, voluntad libre y poder con que Dios ha sido descrito en el relato de la creación. De estos atributos participa el hombre y, en consecuencia, dominará la creación como Dios, a cuya norma ha sido hecho, la domina. La unión de ambos modos de ver culminaría probablemente en una síntesis perfecta del contenido de esta expresión tan plena de sentido como de misterio.

(4) Mejor, quizá: *una sola persona*. Cfr. Bover-Cantera, *Gen*. 2,24 nota.

ñores y siervos (*Job*, 31,13-15) el médico (*Ecli*. 38,1) y también el herrero (*Is*. 54,16); los chicos y los grandes (*Sab*. 6,8). Todos nosotros somos la arcilla y El el alfarero. Somos hechura de sus manos (*Is*. 64,8), porque, como explicó Pablo ante el Areópago ateniese, "el Dios que hizo el mundo y todo cuanto hay en él... no tiene su habitación en templos fabricados ni es servido de manos humanas... El a todos da vida, respiración y todas las cosas; e hizo, procedentes de uno sólo, toda raza de hombres destinados a habitar sobre toda la haz de la tierra..." (*Act*. 17,24-26).

Dignidad del hombre y del universo

Por ser hechura de Dios, todo hombre está investido de una gran dignidad. Ya hemos aludido a ella al hablar del hombre como imagen de Dios. Dios lo creó para su gloria y honor (*Is*. 43-7). Por eso "quien desprecia al pobre ofende a su Hacedor" (*Prov*. 14,31; 17,5). Fuente de la vida y del amor, este Creador no es un simple artesano. Se muestra amigo de su criatura, dispuesto a ayudarla y protegerla: "así dice Yahvé, tu Creador, y quien habiéndote formado desde el vientre materno, te auxilia: No temas, siervo mío..." (*Is*. 44,2). "Así habla Yahvé, tu redentor, el que te formó desde el seno materno" (*Is*. 44,24).

Una luz de optimismo original se derrama sobre la vida naciente cuando el Señor la contempla. "Entonces vió Dios todo cuanto había hecho y he aquí que estaba muy bien" (*Gen*. 1,31). "Porque amas todo cuanto existe y nada de cuanto hiciste abominas... Con todas las cosas eres indulgente porque tuyas son, oh Señor, amador de cuanto tiene vida" (*Sab*. 11,24-26)

El pecado en el marco de la creación

Mas el misterio de iniquidad, el misterio del misterio y las tinieblas vino

a romper esta ideal monotonía. El mundo se estrema y se llena de desolación. El dramatismo de las tranquilas horas, de lenguaje sencillo y figurado, que, adaptándose a inteligencias de una humanidad menos desarrollada, no tiene dificultad en presentar al Dios creador como un personaje que pasea sobre la tierra a la brisa del atardecer (*Gen. 3,8*) se vuelve absurda y dolorosa tragedia para el hombre: el pecado en el mundo. El hombre ofende, desprecia a su Hacedor. ¿Por qué tuvo que ser? Inútil pretender esclarecerlo: riesgo y misterio de nuestra libertad.

Sigamos este proceso en la Escritura dentro del marco creacionista que nos hemos impuesto.

La situación normal, como punto de partida, es el reconocimiento de Dios por parte del hombre como su Creador y Señor. "Tus manos me moldearon y fabricaron... Recuerda que como arcilla me hiciste y al polvo me harás volver. ¿No me vertiste como leche y cual queso me cuajaste? De piel y carne me vestiste y me tejiste con nervios y huesos. Luego me diste la vida y tu providencia protegió mi espíritu" (*Job. 10,8-12*).

En el libro segundo de los Macabeos hay un aleccionador testimonio de este reconocimiento y un bello ejemplo de pedagogía maternal. Una madre habla así a sus hijos cuando van a morir: "Yo no sé como aparecísteis en mi seno; no os he dado yo el aliento y la vida, ni combiné los elementos de vuestro cuerpo. Por esto el Creador del mundo, el Autor del origen del hombre y Hacedor de todas las cosas, ese os devolverá, en su misericordia, el espíritu y la vida..." (*2Mac. 7,22-23*).

El pecado (5) supone una quiebra total en aquella situación de norma-

(5) Nos referimos al pecado en general como actitud del hombre repetida en todos los tiempos. Acerca del primer pecado discuten los teólogos en qué pudo consistir precisamente.

lidad. Y a su luz aparece como un complejo de todos los absurdos. Poco importa ahora el cómo. El camino recorrido es una circunstancia. El dolor se siente en los tristes resultados: el hombre apartado de su Creador, de su Roca. "¿Así pagáis a Yahvé, oh pueblo vil e insensato? ¿No es El tu padre, que te creó; El quien te hizo y te ha afirmado?" (*Deut. 32,6*). El pecador "abandona a Dios su Hacedor y desprecia a su Roca salvadora" (*Deut. 32,15*). "La Roca que te había engendrado abandonas y olvidas al Dios que te había formado" (*Deut. 32,18*).

Todo pecado supone un germen o una actitud de soberbia. "El principio del orgullo del hombre es el desearo, y cuando su corazón se aparta de su Creador; porque vaso de soberbia es el pecado" (*Eccli. 10,12-13*).

El pecado es una huída de Dios. Vano intento: "¡Ay de quienes buscan en la profundidad huir de Yahvé para ocultar sus propios designios, pues en la oscuridad tienen lugar sus manejos, y se han dicho: ¿Quién nos ve y quién nos conoce? ¡Oh vuestra perversidad! ¿Acaso el barro puede estimarse igual al alfarero de suerte que diga la obra a su hacedor: ¡No me ha hecho! y la vasija a su alfarero: ¡no sabe!?" (*Is. 29,15-16*).

Y el pecado provoca justamente la ira del Creador: "Viendo Yahvé que era mucha la maldad del hombre en la tierra y toda la traza de los pensamientos que formaba su corazón no era sino mala continuamente, se arrepintió Yahvé de haber hecho al hombre en la tierra, y con el corazón apesadumbrado exclamó: Borraré de sobre la haz del suelo al hombre que creé, pues estoy arrepentido de haberlo hecho" (*Gen. 6,5-7*). "Dijo —Yahvé—: Les esconderé mi rostro, veré cuál es su fin; pues son generación perversa, hijos en quienes no existe lealtad" (*Deut. 32,20*). "... por haber provocado la cólera de Dios fuisteis entregados en ma-

nos de los adversarios... irritáisteis al que os hizo... olvidásteis al que os sustentó" (*Bar.* 4,6-8).

El perdón

En pura lógica humana habríamos llegado a la desesperación en el error. "Un grito déjase oír sobre las colinas, porque han torcido su camino, hanse olvidado de Yahvé su Dios" (*Jer.* 3,21). Mas la participación de Dios impone un desenlace a lo divino. Su amor será el que triunfe al fin. Solución no improvisada, prevista desde toda la eternidad y deducida por una lógica más sublime y más completa: Yo soy tu padre, tu creador; luego no puedo dejar de amarte. He aquí su respuesta. "Yo os he hecho y llevaré y yo os soportaré y salvaré" (*Is.* 46,4). "Volved, hijos rebeldes; curaré vuestras rebeldías" (*Jer.* 3,22). "Porque no quiero pelear eternamente ni continuamente me airaré, pues el espíritu de ellos y sus almas que yo creé se consumirán ante mí" (*Is.* 57,16). "Volveos a mí y seréis salvos" (*Is.* 45,22). (6).

Una nueva creación

El plan divino de salvación consigue su plenitud con la Encarnación del Verbo. El misterio abre un orden nuevo en la historia humana: una nueva alianza y una nueva creación. El hombre es "regenerado" en Cristo, nuevo Adán de este mundo nuevo. "Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante... El primer hombre, de la tierra, terrestre; el segundo hombre del cielo" (*Cor.* 15,45-47). "De modo que el que está en Criso es una nueva creatura" (*2Cor.* 5,17), no sometida a la economía de la ley antigua —aquí simbo-

lizada en la circuncisión— "porque ni la circuncisión es algo ni la incircuncisión, sino la nueva creatura" (*Gal.* 6,15).

La nueva creación en la que Cristo, nuevo Adán, es el primogénito (*Col.* 1,15) supone también una nueva vida en nosotros; un hombre nuevo. "Porque somos criatura suya, creados en Cristo Jesús para aquellas obras buenas que hemos de practicar según Dios ha dispuesto" (*Ef.* 2,10) "Revestidos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (*Ef.* 4,24).

Esta "nueva creación" cierra el ciclo de la historia teológica del hombre. Maravillosa historia del amor eterno de Dios, nuestro y cercano hasta el misterio de la humanidad de su Hijo

En absoluta dependencia

En cualquier orden, natural o sobrenatural, se da en nosotros una dependencia absoluta, ontológica, del Dios Creador. "En El vivimos, nos movemos y existimos" (*Act.* 17,28). Y sin El nada podemos hacer. (*Io.* 15,5). Ni nos corresponde interrogarle acerca de sus pensamientos. ¿Qué sabemos nosotros de los designios de Dios? "Así como no sabes cuál es el derrotero del espíritu en los huesos dentro del seno de mujer encinta, así ignoras la obra de Dios que hace toda cosa" (*Eccl.* 11,5).

Soledad y presencia de Dios Creador

Por el camino doloroso del pecado ha adquirido el hombre experiencia de su más profunda soledad. (7). Pero sen-

(6) En el capítulo 17 del Eclesiástico se halla un resumen de estas ideas.

(7) «La única cosa necesaria es no estar sólo.» (MALRAUX, *La condición humana* Edit. Suramericana. Buenos Aires, pág. 215). El tema de la novela lo sintetiza una nota editorial en esta frase: «Ningun hombre puede sobrellevar

tir la ausencia de Dios en el mundo y en la propia vida es con frecuencia presagio de un nuevo encuentro que puede realizarse por los más insospechados caminos. Por los ocultos caminos de Dios en los que el hombre presente su presencia aun sin conocerlo. "Porque mis pensamientos no son vues-

su propia soledad: tal es la condición humana.

«Malraux está profundamente marcado por la exigencia religiosa que queda sin respuesta desde el punto en que la fe cristiana se pierde... Malraux llega casi a rozar el mundo de la esperanza cristiana y a veces parece soñar con encontrarla. La crisis del humanismo europeo, de la que Malraux es testigo privilegiado... procede de la desaparición del absoluto en el mundo actual y de la necesidad de recuperarlo, mientras que, por otra parte, ya no se cree en Dios». (Charles MOELLER, *Lit. siglo XX y Crist.* III, pág. 99-100).

Al sentimiento de soledad, tras la estéril búsqueda en el placer, aluden los sonetos de BLAS DE OTERO a que pertenecen estos versos:

«Hambre mortal de Dios, hambriento hasta la saciedad, bebiendo sed, y, luego sintiendo, ¡por qué, oh Dios! que eso no basta.»

«Suena la soledad de Dios. Sentimos la soledad de dos. Y una cadena que no suena, ancla en Dios almas y limos»

tros pensamientos, ni vuestras sendas las mías, afirma Yahvé; tanto como los cielos se levantan sobre la tierra, así mis caminos son más elevados que vuestros caminos y mis pensamientos que vuestros pensamientos" (*Is.* 55,8-9).

Todas las cosas que amamos pueden llevarnos a El; "al Dios desconocido... el que hizo el mundo y cuanto en él existe (*Act.* 17,23-24).

El encuentro hará más esperanzada la espera. Llenará de luz de la mañana (8) esta vida nuestra "sala de esperanza" (9). El nos dará su misericordia pues "conoce nuestra hechura y bien se acuerda de que somos polvo" (*Sal.* 102,14). Y nosotros llevaremos a la casa del Padre nuestro nuevo, desengañado amor.

(8) «Esa luz que al nacer el día sorprendemos en nuestras manos no es el alba sino la huella del amor que dejó su rastro».

(De un poema de JULIO MARURI)

(9) Título de un poema de LUIS FELIPE VIVANCO.

